

## **En este número**

---

### I

El ensayo de Elmar Altvater que recogemos en esta edición fue publicado originalmente en Alemania, en la revista *Probleme des Klassenkampfes* y reproducido por *Kapitalistate*, de cuya versión inglesa se hizo la presente traducción. Tal y como afirman los editores norteamericanos, el trabajo de Altvater se inscribe en un riguroso debate que tiene por objetivo construir o "reconstruir" la crítica de la política económica del capitalismo actual.

Ese debate se desarrolla en torno a dos grandes áreas problemáticas: por un lado se trataría de restablecer la validez científica del método de investigación marxista y la necesaria interrelación entre las distintas partes de la obra de Marx, en particular en su crítica de la economía política; por otro, incluye la discusión acerca del papel del Estado en el "capitalismo tardío", la crítica de las diferentes concepciones burguesas y el análisis de teorías como la del capitalismo monopolista de Estado, puesta en circulación por algunos marxistas en Francia y en Alemania. En ese contexto se ubica el ensayo que ahora publicamos.

Según el mismo autor, se trata de analizar las posibilidades y limitaciones del intervencionismo estatal en la sociedad capitalista desarrollada. Pero el artículo, en rigor, es algo más que eso: el intervencionismo y su correcta explicación son apenas el punto de partida para poner en discusión todos los fundamentos de la teoría del Estado y dar una definición adecuada a los principios teóricos y metodológicos en que se sustenta la teoría económica de Marx, sobre todo cuando se les aplica a un terreno poco estudiado por los marxistas, esto es, el de las relaciones políticas entre el Estado y el sistema productivo del capitalismo.

En lo referente al tema específico del intervencionismo estatal, Altvater, sitúa en sus justos términos el papel que el Estado desempeña como garante, guardián y promotor del capitalismo. Es evidente que en este punto, el autor polemiza con algunos teóricos del capitalismo monopolista de Estado, los cuales se esfuerzan en ver en este un ente que diluye los intereses de clase, un organismo que esta continuamente negándose a si mismo y que al final se vera precisado a liquidar política y económicamente a quienes representa para dar lugar, por su propio impulso, a una nueva sociedad.

Para Altvater es indudable que las funciones sociales del Estado están todas ellas cifradas en el mantenimiento de condiciones favorables al desarrollo del capitalismo y en principio no

se contraponen ni niegan su origen de clase; pero el desenvolvimiento de esas funciones, a la vez, entra continuamente en contradicción con los capitalistas privados, a los cuales denomina "unidades de capital", por cuanto todas esas funciones representan en mayor o en menor medida un sacrificio de la plusvalía que se "invierte", así, a favor de "todos" los capitalistas privados.

Pero desde el punto de vista de la discusión de los fundamentos de la teoría del Estado, Altvater puntualiza: el Estado, afirma, es de la clase dominante, es "burgués"; pero no se confunde con la clase. Es Estado. No más. Y como tal se arroga la representación de la clase de la que proviene y, al mismo tiempo, de las demás clases.

Frente a su clase, el Estado cumple funciones que aquella no podría desempeñar: mantiene un orden político y jurídico y desarrolla una base económica que sirve antes que a nadie más, a la propia clase capitalista. Pero también desarrolla funciones que hacen posible, no sólo la aceptación por parte de la sociedad misma del sistema económico imperante, sino el hecho de que todos los sectores, incluso los no pertenecientes a la clase dominante hagan su aporte al mantenimiento y desarrollo del sistema capitalista.

Asimismo, resultan especialmente sugerentes las tesis de Altvater, acerca de las crisis y los intentos de controlarlas por los gobiernos. A ese respecto, el autor presta atención al problema del estancamiento y a la crítica de las corrientes poskeynesianas.

*Cuadernos Políticos* considera que este ensayo contribuirá de manera eficaz al esclarecimiento y a la discusión de conceptos que, siendo fundamentales para la elaboración de una alternativa revolucionaria, son a menudo reducidos a fórmulas cuya validez científica es poca y, en consecuencia, resultan políticamente nulos.

## II

A partir de 1968, Brasil entro en un periodo de crecimiento económico acelerado alrededor del cual pronto se tejieron, dentro y fuera de ese país innumerables fantasías. Para importantes capas de las clases dominantes en América Latina, Brasil se convirtió en el "modelo" a seguir. Ciertos "excesos" políticos -la persecución y la tortura sistemática- eran vistos y presentados como costos inevitables pero transitorios de un desarrollo económico que contenía la promesa, realizable en un plazo prudencial, de la estabilidad en el crecimiento y la modernización económica y social del país, con la consiguiente mejoría de las condiciones de vida del conjunto de la población. Para la izquierda, o al menos para sectores importantes de ella; el proceso brasileño se significaba sobre todo por sus manifiestos perfiles autoritarios y

despóticos y por la presencia creciente del capital extranjero, en la cual tendía a centrarse el éxito económico del modelo.

Los mecanismos centrales del llamado "milagro" brasileño apenas eran destacados —con algunas excepciones— de manera impresionista cuando se hacía mención a algunos aspectos relativos al deterioro social, la evolución de los salarios, el aumento de la violencia urbana, etcétera. En realidad, estos aspectos explosivos no eran otra cosa que la manifestación de algo mucho más profundo: el despliegue irrestricto de la lógica inherente a *todo* proceso de acumulación capitalista, tal y como Marx lo estudió y lo expuso en su obra fundamental.

El mérito central del trabajo de Arroio no es tan sólo el de ser una vigorosa denuncia de lo que llama la *miseria* del modelo brasileño sino, además, en aplicar de manera correcta la herramienta que el propio Marx propone para estudiar el modo de producción capitalista y que tiene como eje central el análisis del proceso del trabajo -que no es otra cosa que la producción de plusvalía- y sus efectos dentro y fuera de la fábrica, es decir, en términos de la existencia global del trabajador.

Al estudiar las condiciones bajo las cuales se produce la plusvalía, Arroio nos muestra, con abundancia de datos, sus más destacados efectos sociales (mortalidad, vivienda, salud, etcétera) que en conjunto representan una denuncia general del capitalismo brasileño.

Por su intención y forma, así como por su metodología, el trabajo de Arroio se inscribe en la línea abierta en estos mismos *Cuadernos* por otros autores que advierten la necesidad de concebir la lucha de los trabajadores como un todo, en el que las reivindicaciones políticas concentren el conjunto de las demandas mas inmediatas, aquellas que surgen no sólo del estancamiento sino también del desarrollo capitalista.

No cabe duda de que en un futuro muy próximo los gravísimos problemas sociales acumulados serán un poderoso resorte de la lucha de clases en todo el continente latinoamericano. Frente a esto, la burguesía vuelve los ojos al "milagro" brasileño, que no es otra cosa que el modelo imperialista para los países al sur del Río Bravo. En estas circunstancias, conocerlo y desmitificarlo, empleando para ello los instrumentos teóricos marxistas, es algo absolutamente imprescindible. Creemos que el trabajo de Arroio es una valiosa aportación.

### III

Parece indiscutible que nos hallamos en un periodo de franca reanimación de la lucha de clases en todo el país. Junto con las movilizaciones propiamente obreras, observamos como se desarrollan luchas por la tierra, contra el latifundismo y los caciques y en las

ciudades acciones en torno a las más diversas reivindicaciones cuyo contenido es igualmente desigual y variado. Con todo, solo unas cuantas de esas experiencias consiguen romper el marco regional y el silencio de la llamada gran prensa que abate así toda posibilidad de que sean conocidas. Incluso importantes sectores de la izquierda militante parecen poco preocupados por divulgarlas y, lo que es mas grave, por estudiarlas para extraer las lecciones del proceso, tarea que exige abandonar cierto empirismo que acompaña a la actividad democrática y revolucionaria.

Hoy, debido a la crisis y a los cambios políticos que se avecinan, la unificación del bloque de los oprimidos exige el conocimiento concreto, específico de nuestra realidad. Sólo así el debate en torno a los problemas estratégicos y la elaboración de tal programa mínimo, que sirva de sustento a la lucha de los militantes y las masas, adquirirá una dirección correcta y las formas organizativas dejaran de ser agrupaciones circunstanciales para convertirse en auténticos instrumentos de lucha.

Con el propósito de contribuir a este empeño, publicamos en este número un artículo de Víctor Orozco acerca de las luchas populares en Chihuahua, mismas que durante los últimos años involucraron a decenas de miles de trabajadores. El autor se propone describir el proceso que dio nacimiento algo absolutamente imprescindible. Creemos que el trabajo de Arroio es una valiosa aportación.

### III

Parece indiscutible que nos hallamos en un periodo de franca reanimación de la lucha de clases en todo el país. Junto con las movilizaciones propiamente obreras, observamos como se desarrollan luchas por la tierra, contra el latifundismo y los caciques y en las ciudades acciones en torno a las más diversas reivindicaciones cuyo contenido es igualmente desigual y variado. Con todo, sólo unas cuantas de esas experiencias consiguen romper el marco regional y el silencio de la llamada gran prensa que abate así toda posibilidad de que sean conocidas. Incluso importantes sectores de la izquierda militante parecen poco preocupados por divulgarlas y, lo que es mas grave, por estudiarlas para extraer las lecciones del proceso, tarea que exige abandonar cierto empirismo que acompaña a la actividad democrática y revolucionaria.

Hoy, debido a la crisis y a los cambios políticos que se avecinan, la unificación del bloque de los oprimidos exige el conocimiento concreto, específico de nuestra realidad. Solo así el debate en torno a los problemas estratégicos y la elaboración de un programa mínimo, que

sirva de sustento a la lucha de los militantes y las masas, adquirirá una dirección correcta y las formas organizativas dejarán de ser agrupaciones circunstanciales para convertirse en auténticos instrumentos de lucha.

Con el propósito de contribuir a este empeño, publicamos en este número un artículo de Víctor Orozco acerca de las luchas populares en Chihuahua, mismas que durante los últimos años involucraron a decenas de miles de trabajadores. El autor se propone describir el proceso que dio nacimiento al Comité de Defensa Popular (CDP) en 1972, las vicisitudes de su crecimiento como dirección política y la situación en que se encuentra en la actualidad.

Pero no se trata de una simple reseña: Orozco procura analizar los antecedentes históricos y el marco regional que condicionan las luchas contemporáneas a fin de situar correctamente la crítica (y la autocrítica) a los supuestos políticos en que se fincó la dirección del Comité de Defensa. En cualquier caso, como advierte el autor, se pretende medir, a través de una experiencia concreta, la capacidad de la izquierda para dirigir un amplio movimiento de masas que, como en el caso de Chihuahua, accede a formas organizativas novedosas y a avanzados planteamientos políticos.

El asunto es importante, entre otras razones, porque el éxito del Comité de Defensa llevó a otras organizaciones a tratar de repetir la experiencia, sin que mediaran por supuesto las mismas condiciones objetivas y subjetivas. A este respecto, Orozco nos muestra con claridad la íntima conexión que existe entre las luchas de 1972 y los antecedentes que se remontan a la guerrilla rural de 1965 y 1968, jefaturada por Arturo Gámiz y Óscar González respectivamente. Como se sabe, el CDP surgió como consecuencia de la protesta popular por el asesinato de un grupo de guerrilleros que el 15 de enero de 1972 fracasaron en el intento de asaltar tres bancos. La reacción popular fue de tal magnitud que salvo la vida a los sobrevivientes presos y enfrentó, en los hechos, a grandes masas de la población contra los sectores más conspicuos de la oligarquía y el gobierno. A partir de entonces, con ritmos desiguales, la movilización persiste, inspirada en principios proletarios y socialistas. Sin embargo, no obstante las victorias iniciales, el CDP resultó incapaz de elaborar un programa que diera continuidad y consistencia a la lucha, permitiendo la aparición de nuevos cuadros políticos y el establecimiento de otras formas organizativas eficaces.

Al análisis de estos problemas dedica Orozco una buena parte de su ensayo. No menos interesante resulta el intento de establecer el carácter real de las alianzas que se desarrollan en el seno del propio comité, las cuales reflejan la procedencia clasista de las fuerzas que lo integran. Es importante indicar que en él participan lo mismo organizaciones estudiantiles,

sindicatos que grupos de colonos y campesinos, con reivindicaciones particulares, unas a nivel nacional, otras inmediatas y locales.

En esta diversidad de fuerzas e intereses radica una de las cuestiones capitales planteadas por la experiencia de Chihuahua. ¿Es posible sostener una organización permanente con tales fuerzas? Más aún, ¿es factible conservar el equilibrio entre las demandas inmediatas de consumo -vivienda, escuela, etcétera- planteadas por el sector más importante del CDP y los pronunciamientos políticos de sus dirigentes, cuando se carece de un programa objetivo por el que se deba luchar a escala nacional? Es obvio que estas preguntas adquieren sentido en el momento mismo en que numerosas fuerzas democráticas realizan serios esfuerzos para instrumentar una política sustentada en un programa común. Pensamos que el ensayo de Víctor Orozco, aporta elementos para responderlas y hacer avanzar el debate.

#### IV

Con la llegada al poder, en 1970, del presidente Echeverría, comienza a instrumentarse una amplia reforma en los niveles medio y superior de la enseñanza universitaria. Puede decirse que en el ánimo de los gobernantes dicha reforma debía cumplir con dos objetivos básicos: en primer término reajustar la vida educativa con las nuevas exigencias planteadas por el propio desarrollo capitalista, en consonancia con el programa modernizador puesto en marcha por el régimen; en segundo lugar, persistía la idea de que los recientes conflictos entre estudiantes y gobierno, la ruptura ideológica y política de los centros universitarios con el Estado estaban condicionados, en buena parte, por la llamada crisis de la Universidad, por su manifiesta incapacidad para absorber a la creciente demanda y por la incertidumbre con respecto a la posibilidad de ocupar plenamente a los egresados de los centros de enseñanza superior.

Así pues, desde sus inicios, la reforma educativa se situó en un primer plano del interés nacional. Y a partir de entonces, también, la reforma propuesta suscitó las más encontradas interpretaciones dentro y fuera de la Universidad. Aparte los aspectos técnicos y pedagógicos de la refuncionalización de la enseñanza, la reforma se convirtió objetivamente en un eslabón de extraordinaria importancia en el intento de reconstruir un nuevo estilo político: la llamada “apertura democrática”. De ahí que, de alguna manera, las vicisitudes de la reforma sean al mismo tiempo las de ese proyecto ideológico, y reflejen sus propias contradicciones internas y externas.

El modo como un importante sector de la izquierda universitaria recibió las propuestas reformistas del régimen es significativo de la importancia política que le adjudico: imposibilitada para manifestarse fuera de los recintos universitarios, una parte de la izquierda, con variantes y matices, centra sus esfuerzos en construir una alternativa a la reforma oficial que sirva a la vez para impulsar de nueva cuenta la lucha del movimiento estudiantil. En esencia, se aspira a la democratización de la educación en general, y de los órganos de gobierno en particular. Consignas como las del cogobierno, autogestión, etcétera, son enarboladas por numerosos activistas que se oponen a la reforma burguesa y proclaman la necesidad de una “universidad crítica”, “roja” y proletaria. Pero, en realidad, no se logra superar la crisis del movimiento estudiantil ni tampoco ofrecer una verdadera alternativa a la reforma. Concepciones excesivamente esquemáticas y mecanicistas impedían reflexionar con seriedad sobre el verdadero papel de la Universidad en el sistema capitalista y, por ende, acerca del contenido, el alcance y las contradicciones internas del proyecto oficial. En ese contexto, la pretensión de llevar adelante la reforma apelando a criterios humanísticos y a procedimientos universitarios estaba condenada al fracaso. Y lo estaba, entre otras cosas, por la presión de los sectores más tecnocráticos y autoritarios de la misma universidad, para quienes la gestión del rector González Casanova no había conseguido el objetivo político de restablecer el orden en la Universidad. Eso explica el paulatino aislamiento del rector y la creciente influencia de las corrientes que planteaban -y plantean- la necesidad de aplicar "mano dura" en los asuntos universitarios, así como el viraje gubernamental que retira en los hechos su apoyo al rector, abriendo el camino a una segunda fase de la reforma cuya aplicación encara, por otra parte, a nuevas fuerzas organizadas: los sindicatos universitarios.

En el ensayo de Cuauhtemoc Ochoa que publicamos en esta entrega, el lector hallará suficientes elementos de juicio para comprender en detalle los diversos momentos de este proceso que, desde luego, aún prosigue. Al momento de cerrar la presente edición, continúa el debate en torno a una presunta reforma a la Constitución que daría a los sindicatos un estatuto particular que, de hecho, le impediría ejercer sus legítimos derechos laborales. Se pretende hacer creer que la crisis universitaria es la consecuencia directa de la acción sindicalista y no el resultado de decenios de burocratismo y desorganización académica y administrativa, para cancelar de un plumazo las luchas independientes de los trabajadores universitarios. En el artículo de Ochoa existen elementos suficientes para demostrar justamente las causas de dicha crisis.

En su ensayo “Literatura e ideología: la evaluación novelística del militarismo en Vargas Llosa”, Joseph Sommers se propone examinar una parte de la obra literaria del peruano Vargas Llosa (sus novelas *La ciudad y los perros* y *Pantaleón y las visitadoras*) en busca de la posición ideológica (esto es, en última instancia, de la estimación de la lucha de clases y de la lucha antimperialista en la sociedad peruana contemporánea) transmitida por ella. La finalidad es trazar un juicio crítico fundamentado de la acción político-literaria de Vargas Llosa.

El procedimiento que sigue Sommers es analítico-comparativo: desmonta los distintos elementos y funciones específicamente novelísticos de las dos obras escogidas teniendo en cuenta, como eje definitorio, el modo en que en cada caso, ellos sirven para elaborar o tratar un significado social paradigmático : el de la instrucción militar en el Perú de las décadas 1950-70.

El trabajo de Sommers es, en primer lugar, sistemático y acucioso; en segundo lugar, esclarecedor políticamente. De ambas novelas, el lector recibe un esquema sumamente coherente y lleno de sugerencias de su intención y técnica narrativas, de su estructura textual y, sobre todo, del sistema de valores morales y psicológicos puesto en juego en la construcción de las situaciones y en el delineamiento de los personajes.

El autor nos presenta la obra de Vargas Llosa como una intervención concreta llena de sentido dentro de la vida social y política del Perú; una intervención criticable por limitada respecto de los alcances de la perspectiva revolucionaria, pero encomiable por la vitalidad de sus cuestionamientos.

El militarismo y los militares -escribe Sommers- proporcionan un criterio de comparación ideológica. En la primera, el modelo militar se manifiesta como una cobertura para modelos de relaciones humanas más profundas: poder, estratificación social, control institucional. Los valores militares, descritos como autoritarios, disciplinarios, antihumanos y machistas. En la última novela, prosigue el autor, el modelo militar es objeto de burla y sátira profunda, pero en un nivel que dista de ser profundo.

Ensayo riguroso el de Sommers contribuye a establecer los nexos entre ideología y literatura en la obra de un autor controvertido por sus posiciones políticas, pero reconocido en el campo de las letras. Sommers consigue seguir la huella a una evolución que no sólo es literaria.